

Gracias a mi familia que, hoy igual que hace quince años, se alegra por cada crónica, pieza o reportaje publicados, a pesar de no poder leerlos ahora en italiano.

Y a Algerino, que siempre ha estado y estará siempre, que comparte y apoya mis locuras y me regala lo más valioso de este gran viaje llamado vida.

## **HYBRIS Y NÉMESIS**

### **Del «homo economicus» al hombre endeudado**

«-¿Qué esperamos congregados en el foro?  
Es a los bárbaros que hoy llegan.

-¿Por qué esta inacción en el Senado?  
¿Por qué están ahí sin legislar los senadores?  
Porque hoy llegarán los bárbaros.  
¿Qué leyes van a hacer los senadores?  
Ya legislarán, cuando lleguen, los bárbaros.

-¿Por qué nuestro emperador madrugó tanto  
Y en su trono, a la puerta mayor de la ciudad,  
Está sentado, solemne, y ciñendo su corona?  
Porque hoy llegarán los bárbaros.  
Y el emperador espera para dar  
A su jefe la acogida (...)

—¿Por qué no acuden, como siempre, los ilustres oradores  
A echar sus discursos y decir sus cosas?  
Porque hoy llegarán los bárbaros y  
les fastidian la elocuencia y los discursos.

—¿Por qué empieza de pronto este desconcierto  
y confusión? (¡Qué graves se han vuelto los rostros!)  
¿Por qué calles y plazas aprisa se vacían  
Y todos vuelven a casa compungidos?  
Porque se hizo de noche y los bárbaros no llegaron.  
Algunos han venido de las fronteras  
Y contado que los bárbaros no existen.

¿Y qué va a ser de nosotros ahora sin bárbaros?  
Esta gente, al fin y al cabo, era una solución».

(de «Esperando a los bárbaros». Constantino Cavafis)

## Grecia y España: analogías y diferencias

Una lectura española de este libro, sobre la vida cotidiana de los griegos en tiempos de crisis, sirve para establecer analogías y diferencias entre ambos países. Las diferencias entre España y Grecia son evidentes, pero además fueron abrumadoramente expuestas al principio de la Gran Recesión —con gran temor— por quienes desde nuestro país no querían que pasase lo que se dice en estas páginas desde

Atenas que iba a suceder: nosotros somos la avanzadilla de lo que va a ocurrir en España dos años después, nosotros somos un laboratorio de prueba para el resto de los países deudores de la zona euro.

Esta inquietud se multiplicó por mil cuando en mayo de 2010, después de la intervención de Grecia por la troika y del primer programa de rescate a cambio de una austeridad autoritaria, los ministros de Economía y Hacienda del Eurogrupo torcieron la voluntad del Gobierno español e hicieron a Rodríguez Zapatero dar un giro copernicano a su política económica, con resultados —distintos en grado pero comunes en la dirección— equiparables en ambas sociedades: paro masivo, empobrecimiento generalizado, desigualdades exponenciales y mortandad de decenas de miles de empresas.

Sobre Grecia más que en ningún otro caso, pero también sobre el resto de los países deudores de la zona euro, ha recaído en el último septenio la maldición de la plaga de las metáforas. Metáforas médicas, metáforas pedagógicas y hasta metáforas zoomórficas, como desarrolla el politólogo Yannis Stavrakakis («La sociedad de la deuda. Grecia y el futuro de la posdemocracia», en el libro colectivo *El síntoma griego*. Errata naturae), que son una forma de explicación que muchas veces no proporciona con la misma nitidez el lenguaje económico.

Metáfora médica, cuando se declara que la crisis es una enfermedad seria, el resultado de una patología social implícita. Se teme el «contagio», la «contaminación» de la enfermedad y, por tanto, es necesario prescribir una

medicación severa. Lo mismo que una quimioterapia experimental, dicha medicación es necesaria si se desean recuperar las funciones vitales del paciente, aun cuando el tratamiento pudiera poner en riesgo la propia vida. Metáfora pedagógica, ya que las causas de la crisis están en ciertos rasgos de inmadurez o de mal comportamiento: hay que tratar a Grecia (*et altri*) como se trata a un alumno que hace novillos, el cual se merece el castigo no solo para enderezar su comportamiento, sino también a modo de ejemplo para los demás niños. Metáfora zoomórfica, ya que los países del sur de Europa (Portugal, Italia, Grecia, España) e Irlanda, reciben de los anglosajones y los acreedores la denominación conjunta de *PIGS* y quedan desprovistos, como los cerdos, de humanidad, racionalidad y dignidad.

La distancia entre los cerdos y las cobayas no es demasiado significativa, después de todo.

### **En el origen fue la desigualdad**

Los orígenes de la crisis en los distintos países son diferentes. En unos es el estallido de la burbuja inmobiliaria lo determinante, en otros el masivo endeudamiento privado o público, en los de más allá la explosión irracional de las bolsas de valores, etcétera. En todos ellos están presentes unas desigualdades que ya eran exponenciales antes de la Gran Recesión (y que esta multiplica), que se fabricaron en los años de hegemonía en el mundo de la Revolución Conservadora. El economista Nouriel Roubini, denominado «doctor

catástrofe» por haber pronosticado la que se nos venía encima, establece una secuencia de ocho puntos para explicar la relación entre la desigualdad y la deuda que conlleva la crisis a partir del año 2007 («La inseguridad y la desigualdad económicas generan inestabilidad política», dentro del libro colectivo *Occupy Wall Street. Manual de uso*, RBA).

1) Los salarios de la mayor parte de la gente crecían muy poco, lo que generó una brecha entre los ingresos y las expectativas de gastar (no ser menos que el vecino). La respuesta fue el endeudamiento. La gente obtenía créditos, que daban fácilmente los bancos, para compensar la diferencia entre los gastos y los ingresos. Así surge el «¡que coman crédito!».

2) Ello vale también para el sector público. Los Gobiernos multiplican los servicios sociales y los gastos corrientes que no son financiados totalmente con los impuestos (la presión fiscal baja, sobre todo a los más ricos y a las rentas del capital), sino con deuda pública.

3) En ambos casos, la deuda privada y la pública se hicieron insostenibles y desembocaron en la crisis financiera. Los bancos tenían problemas y estos se arreglaron ayudándolos con dinero público: más deuda.

4) Las empresas redujeron los puestos de trabajo amparadas en la incertidumbre y el exceso de capacidad productiva: se fabricaba mucho más de lo que se consumía.

5) El paro reduce la renta disponible de las familias, aumenta las desigualdades y disminuye de nuevo la demanda final. He aquí el círculo vicioso: los mercados no crean suficiente demanda, ya que las empresas han reducido

el empleo debido a la insuficiencia de la demanda, y esto disminuye aún más la renta de los ciudadanos y la demanda final.

6) Por tanto, el deterioro en la distribución de la renta (desde la mano de obra hacia el capital, desde los salarios hacia los beneficios, desde los pobres hacia los ricos, desde las familias hacia las empresas, desde las empresas hacia los bancos) reduce la demanda porque la propensión marginal a gastar de los hogares, los trabajadores y los pobres es mayor que la de las empresas, los propietarios de capital y los ricos.

7) Sostiene Roubini que Marx tenía razón al mantener que la mundialización, el capitalismo financiero sin restricciones y la redistribución de la renta y la riqueza desde el trabajo hacia el capital podrían abocar al capitalismo a la autodestrucción. Según Marx, el capitalismo desregulado puede conducir a un exceso periódico de capacidad y de producción, al subconsumo y a las reiteradas crisis financieras destructivas, alimentadas por el alza y la caída de los precios de los activos financieros y las burbujas del crédito.

8) Todo modelo económico que no aborde adecuadamente la desigualdad a través de la provisión de bienes públicos y la igualdad de oportunidades, acabará enfrentándose a una crisis de legitimidad.

## **La deuda como dominación**

En el caso de Grecia, ¿cuál fue el origen de sus desgracias, más allá de que proporcionase a Bruselas datos falsos de

sus estadísticas? La borrachera de deuda. El país heleno fue en esto un digno representante de la corriente dominante en el mundo desde la década de los años ochenta del siglo pasado: para cubrir sus necesidades de financiación, los diferentes gobiernos sustituyeron los impuestos por la deuda. Esto es una operación nítidamente ideológica, aunque se presente como técnica: los impuestos se pagan en relación progresiva a los ingresos y la riqueza (debe pagar más quien más gana y quien más posee) y no se devuelven. Forman parte del contrato social de las sociedades. La deuda pública la han de pagar todos los ciudadanos y hay que devolverla a los acreedores (fundamentalmente, los bancos u otros gobiernos, a través de los organismos multilaterales) pase lo que pase (España hizo un cambio constitucional urgente para dar al pago de la deuda prevalencia sobre cualquier otra obligación).

El ya citado Stavrakakis se pregunta cuál ha sido la prueba del fracaso de Grecia, el *síntoma* de su enfermedad, cuáles son los indicios fehacientes de los que se deriva su responsabilidad, cuál es el origen de la vergüenza y la culpa. La respuesta a estas preguntas es sencilla: la acumulación de deuda. La deuda aparece en cuanto punto nodal de todas las prácticas de disciplina, castigo y responsabilización. «A consecuencia de un cambio de ese entorno», escribe el politólogo, «y casi de la noche a la mañana, se decidió que la deuda y el déficit griegos resultaban insostenibles, por lo cual se impuso una serie de brutales medidas de «devaluación interna» como única cura y solución. Las repercusiones de dichas medidas fueron catastróficas:

como resultado de la depresión consiguiente, el PIB griego ha caído un 20% entre 2008 y 2013, y el paro se mantiene en el 26%, con el paro juvenil muy por encima del 50%».

Así, el *mainstream* político, económico e intelectual presenta a Grecia (y a los griegos) como un caso excepcional que se merece los sacrificios que está pasando a causa de los excesos irracionales e inmorales en que incurrieron sus gobernantes y sus ciudadanos. Se conjugan la *hybris* y la *némesis*: la primera es la insolencia o la desmesura humanas que, más temprano que tarde, serán castigadas por *Némesis*, diosa de la venganza y la justicia.

Pero ¿cómo entender que los mismos que antes estimularon la deuda para mantener el consumo y la apariencia de una cierta igualdad en los signos externos de los ciudadanos sean ahora los que vomitan sus consecuencias nefastas? Cómo experimentar vergüenza y culpa por estar endeudado cuando poco antes la acumulación de créditos era un síntoma positivo de pertenecer al corazón del sistema. Antes de la crisis y de que estallase la burbuja de la deuda se había sustituido la figura de la escuela neoclásica del *homo economicus* (aquel que es racional en sus decisiones económicas) por la del *hombre endeudado*, como expresa Mauricio Lazzarato (*La fábrica del hombre endeudado*, Amorrortu). En este último libro se abre otra tesis a tener en cuenta: además de ser en ocasiones una preocupación, la deuda anida en el corazón mismo del sistema, y el vínculo entre el acreedor y el deudor deviene en la relación social fundamental de nuestras sociedades. Cada vez somos más deudores de los bancos, de los seguros privados, de las

empresas de servicios. Para respetar nuestros compromisos se nos incita a ser «empresarios» de nosotros mismos, de nuestra propia vida, de nuestro capital humano: «¿cómo escapar a la condición de hombre endeudado». El filósofo francés Jean Baudrillard completa el razonamiento: si en un principio se utilizó la deuda (el crédito) para poner a salvo el acceso al consumo en una sociedad cada vez más desigual, si ambos funcionaron como medio para el mantenimiento de nuestras fantasías aristocráticas de «consumo ostensible», ahora se nos devuelve a una situación muy distinta que es característica del feudalismo, en el cual una parte del trabajo se debe por anticipado al señor, en cuanto servidumbre.

### **Es la crisis y su gestión**

Superados (por ahora) los momentos más apurados de la crisis del euro, los intelectuales orgánicos de la situación ponen el acento en los datos coyunturales positivos para demostrar que la medicina fue la adecuada, olvidando cómo quedan las sociedades en las que la terapia de la austeridad autoritaria fue aplicada sin contemplaciones. No se evalúa del mismo modo cuánto se ha desandado parte de lo caminado en países como Grecia, que todavía hace unas generaciones salía de una dictadura (otra analogía con España); si estos países han hecho un viaje de ida y vuelta al pasado, y si han retornado al lugar de partida, y dónde se sitúa ese lugar. La misma Grecia que entró en el euro y acogió unos

Juegos Olímpicos por los que se ganó el reconocimiento internacional, se convirtió de la noche a la mañana en el enfermo más grave de la Europa de la moneda única, en una especie de bestia negra a la que había que atornillar con las clavijas más dolorosas y difíciles de desenclavar.

El debate no está en si hay síntomas o no de una recuperación más o menos homeopática, sino en las secuelas profundas y de largo plazo que la crisis, y su gestión, van a dejar en las sociedades, y por cuánto tiempo. Decidido ya por los poderes fácticos de la región que Grecia debe permanecer en la Eurozona, después de unos primeros momentos de duda, hay que analizar el contexto europeo de unas reglas de juego y unas instituciones que fueron construidas para coyunturas de bonanza, y que se han mostrado anquilosadas, inflexibles y bastante inútiles para tiempos de recesión larga o estancamiento. La organización Economistas frente a la crisis lo define así: «La arquitectura institucional europea y la respuesta económica ante la crisis han sido tan dañinas para el conjunto de los ciudadanos europeos que hoy el euroescepticismo es una corriente en alza. De esta tendencia son en parte responsables los gobernantes y líderes comunitarios que, tras haber alejado a Europa de su propio proyecto, alertan ahora paradójicamente contra la vuelta a las soluciones nacionales, insolidarias. La UE, frente a la crisis, ha fallado a los ciudadanos. Ha fallado en el objetivo de crear prosperidad, empleo, igualdad, solidaridad. Ha fallado porque no ha defendido su razón de ser, la propuesta de Europa a los europeos y al mundo: el Estado de Bienestar».

Dentro de esas reglas del juego y de esas instituciones se ha generado durante la crisis una nueva fractura que diferencia a unos países de otros: el norte del sur, el centro de la periferia, los acreedores de los deudores. Grecia, como España, ha formado parte del club del sur (geográfico), de la periferia (política) y de los deudores (económica). Una crisis que empezó siendo financiera, siguió con una brutal depresión y con el hundimiento del empleo, y que ha terminado (al menos por ahora) con una absorción por parte de los Estados del coste del naufragio en forma de deuda pública. Es lo que el catedrático de Derecho constitucional Diego López Garrido ha denominado *La edad de hielo* (RBA), en la que la Gran Recesión acentúa las diferencias sustanciales en el crecimiento, la renta y los puestos de trabajo entre los países europeos. Esta puede ser la enfermedad central de Europa para el futuro inmediato. Las mismas diferencias se aprecian en la financiación de la deuda: Alemania y su glacis (Finlandia, Austria,...) han cobrado por financiarse, mientras que Grecia, España, Irlanda, Portugal... han pagado altísimos tipos de interés..., cuando han tenido los mercados abiertos. La crisis ha extremado los desequilibrios de la UE y de la eurozona, entre otras razones, por el propio modelo productivo, tan favorable a los intereses de Alemania y a los países del centro y norte de la región. La austeridad autoritaria ha ensanchado las grietas preexistentes, ampliando el superávit germano en casi todo, y multiplicando los déficits, incluido el democrático, en el sur de Europa.

Además de la fragmentación política que se produjo entre los países de dentro y de fuera del euro, se ha añadido

una fragmentación social (países con mucho y con poco paro) y la fragmentación por el espacio económico (países acreedores y deudores). La deuda se paga religiosamente (salvo en los casos de Grecia y Chipre, donde ha habido que hacer una quita de la misma), a costa de lo que sea. La dificultad para pagarla genera la necesidad de más deuda, dentro de ese círculo vicioso que hemos considerado como infinito. El resultado es que los deudores (países y personas), en una crisis de crecimiento como la actual, tienen que sufrir enormes restricciones en su capacidad de consumo, y en su capital humano, social, físico, tecnológico, para transferirlo a los acreedores (países, entidades financieras, accionistas y directivos de estas últimas). Ello ha provocado una enorme transferencia de poder, siempre en la misma dirección, cuyos resultados, cada vez más nítidos, conforman una de las características de nuestra época.

Del mismo modo que la desigualdad en el interior de los países socava a las sociedades y debilita a sus sistemas políticos (como ha demostrado Thomas Piketty en su *Le Capital au XXI<sup>e</sup> siècle*, éditions du Seuil), la divergencia entre Estados genera rivalidades y hace peligrar el proyecto europeo, que nació precisamente para evitarlas. José Ignacio Torreblanca, en *Informe sobre la Democracia en España 2014* (Fundación Alternativas), recuerda que hasta la llegada de la Gran Recesión se creía que el proyecto de integración europea era un juego de suma positiva en el que todos los participantes ganaban; unos ganaban más que otros, pero todos ganaban. Sin embargo, desde que la crisis económica ha introducido problemas redistributivos de primer

orden y generado percepciones de suma cero (lo que ganan unos es a costa de otros), las fricciones se han generalizado. En definitiva, se trata de conocer las consecuencias permanentes y a largo plazo en las sociedades del sur de Europa –las más retrasadas del ciclo económico en todo el mundo– de la crisis de la naturaleza que se está padeciendo, y de la gestión de la misma en una sola dirección, y si esas sociedades han cambiado (a mejor, a peor) y cómo se están distribuyendo los sacrificios que permanentemente se están practicando.

Para Grecia (y para España) la crisis ha sido sobre todo una crisis de empleo (más de una cuarta parte de la población activa sin puesto de trabajo formal, un porcentaje superior al que tuvo Estados Unidos durante la Gran Depresión de los años treinta), con una incidencia y una virulencia sin precedente en el segmento de los jóvenes. Sus efectos han sido devastadores para los hogares de los ciudadanos, al tiempo que están produciendo importantes cambios en la estructura social –siempre regresivos: no hay movilidad– que apuntan a una mayor polarización y a un reajuste, también regresivo, de los equilibrios de poder entre distintos grupos sociales e, incluso, entre las constelaciones de países, como hemos visto. Grecia y España son los países en los que más aumentó el paro desde el año 2008, y donde la distribución de la renta y la riqueza mostró una evolución más negativa desde el punto de vista de la igualdad.

El paro de los jóvenes es, en general, el doble que el de los adultos. Pero, además, su carácter prolongado significa un riesgo muy acentuado de desactualización de

las competencias y los estudios adquiridos, y una pérdida muy importante del capital humano de los países. Estas tendencias permiten preguntarse si hay un bloqueo generacional que impida la habitual integración sociolaboral de la cohorte más joven a la población activa. Si así fuere, habría que hablar con más propiedad de una «generación robada» que de una «generación perdida». Para estos jóvenes, que no pueden llegar a «ser normales», además del hecho en sí mismo doloroso del paro, es muy importante el impacto social negativo que tiene estar inactivos, porque la inserción en el mercado de trabajo representa uno de los hitos cruciales de su incorporación a la vida adulta, y de su integración como miembros de pleno derecho de la sociedad.

Para entender estas contradicciones y antinomias que forman parte de la sociedad del siglo XXI, lo mejor es leer el libro de esta estupenda periodista que es Mariangela Paone. La calle, la vida cotidiana de la decadencia en ese laboratorio de resistencia y hastío en que se ha convertido Grecia, se explican mejor que en ninguna parte en las ficciones de Petros Márkaris y en las crónicas de la realidad. Como las de este libro.

**Mariangela Paone**

## **LAS CUATRO ESTACIONES DE ATENAS**

**Crónicas desde un país ahogado por su rescate**